

CRÍTICA DE ARTE

El tiempo en la obra de Fernández Cuesta

La pasada semana, saboreando un buen vino en un céntrico restaurante compostelano, me llamó la atención la pintura de José Antonio Fernández Cuesta.



Por
**Fátima
Otero**

Cambiando un poco el refrán popular, una buena pintura como la presente es como el vino: si es de buena calidad con el paso del tiempo se vuelve añejo. El pintor Cuesta, al trabajar, simula descorchar un buen reserva. Intenta hacer brotar del lienzo, como Miguel Ángel hacía brotar del bloque de mármol, los motivos. Es como si estos últimos estuviesen atrapados en el papel, momificados en ámbar, como quedaron muchas plantas y animales pequeños durante la prehistoria y el pintor los rescatara de su letargo.

Este asturiano que se mueve entre Ibiza, Santiago y Navarra maneja una estructuración no figurativa; el motivo ha sido traspuesto apasionadamente fluyendo como un río orgánico continuo. Su obra ahonda en terrenos no materiales. Revive formas abstractas. De los paisajes, ya sean humanos o naturales, sólo refleja su vida interior, siguiendo la conocida sentencia del sabio griego Sócrates, ¡conócete a ti mismo!, porque difícilmente un artista con vida anímica tan rica puede plasmar una reproducción muerta de la naturaleza. Los pensamientos y recuerdos, la caza de sensaciones pasadas, son los elementos básicos que inspiran sus creaciones, más que el vivir presente.

Los colores denotan cierto aire de arcaísmo, de conservadurismo, conectan con ciertas

culturas como la egipcia que supo mantenerse apenas sin cambios en su régimen faraónico durante cuatro mil años de existencia. Amarillos avainillados, cálidos, irradian fuerza desde el fondo aproximándose al especta-

dor. Cuesta alaba, como Pablo Neruda, la vieja tierra con sus cavidades, el color del excremento. Utiliza tonos rocosos como el creta, la piedra pómez, la pirita o el basalto; valora el suelo, la retardación de las rocas, esas altas cumbres, moradas de dioses que aún hoy siguen fascinando a los humanos y que están ahí formando la historia de la Tierra. El pintor mira al suelo por conservar el don que el mundo ha perdido, el estrato virgen, inocente y vivo de humedad orgánica.

Le fascina a Cuesta el marrón, ese color chato y duro, de poco movimiento, que conlleva tranquilidad, esa codiciada aspiración humana pero que también acerca a parajes áridos arrasados por un fuerte simún. En medio de ellos surgen manchas de alquitrán, barnices industriales, aguarrás y aceites de cocina ya usados.

Colores sucios como entidad material que posee su propio sonido interior. 'Suciedad' muy usada en la pintura de Tapies o Barceló, pero que interiormente es limpia y poderosa.

Las sopas de Barceló son como caldo primigenio, como magma que engendra vida.

El papel de Cuesta le sirve para ejercer de lapidario y labrar y pulirlo hasta convertirlo en obra de arte.